

EL EVANGELISTA

Organo de la Verdad Evangélica en las Repúblicas del Plata

REQUIEROTE que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo: redarguye, reprende, exhorta con toda blandura y doctrina: vela en to lo, sufre trabajos, haz obra de evangelista, cumple bien tu ministerio.

2.^a TIMOTEO IV, 2 y 5.

DIRECTOR:—TOMÁS B. WOOD.

REDACTOR:—JUAN ROBLES.

EXPLOTACION Y ESTAFA

AUNDA por esas benditas calles de Montevideo, metiéndose de puerta en puerta, una mujer, que por su aspecto miserable inspira lástima y hasta cierto punto repugnancia, que para mejor alijerar los bolsillos de las incautas, les muestra la *Carta di Dio*, explotando de ese modo la credulidad ciega de los que están aún uncidos al pesado carro del oscurantismo.

No será necesario que digamos á qué religion pertenece semejante ser: el traje mismo que lleva, la denuncia á las claras.

Tenemos bajo nuestra vista uno de esos *papeluchos* con que hace su infame negocio la tal beata, y no podemos menos que *admirar* la audacia de los adeptos de la Iglesia de Roma, que en pleno siglo XIX se permiten á la luz del día hacer circular semejantes groserías.

Y cuéntese que dico tener autorizacion para ello, exhibiendo documentos no sabemos de qué autoridad.

Extrañamos sobre manera, que la Curia eclesiástica ó los encargados de vigilar por los intereses y los dogmas de la iglesia romana, no hayan tomado medida alguna, tendente á hacer cesar semejante tráfico que redundará en perjuicio de ella más que de nadie.

En vez de ocupar sus pulpitos con cuestiones de política ardiente y con ataques al sistema escolar vigente, —considerado por espíritus esclarecidos é imparciales como bueno, y robustecidas esas opiniones por los resultados

benéficos que ha dado, —debiera mejor tratar de hacer conocer á sus adeptos la explotación de que son objeto, y prohibir por ese medio que semejante comercio siga adelante.

Pero vamos al asunto.

La *Carta di Dio* en cuestion, es copia de una oracion, que se dice, haberse encontrado en el sepulcro de Nuestro Señor Jesu Cristo en Jerusalem, y conservada en caja de plata por Su Santidad y por los emperadores y emperatrices cristianas.

Cuéntase que deseando Sta. Elisabeth, la reina de Hungría y otras dos no ménos santas Brigida y Matilde, saber algo de la pasion de Nuestro Señor, hicieron fervorosas oraciones, el resultado de las cuales fué el aparecérseles el mismo Señor en persona y hacerles una pequeña estadística de todo lo que habia sufrido. La parte final de la conversacion del Señor concluye así:

«Que á todo aquél que reze siete *Pater, Ave y Gloria* dia á dia, por el término de quince años, (para hacer el total de las gotas de sangre que derramó Jesús, 28,430), El les concede cinco gracias especiales: 1.^a indulgencia y remision de todos los pecados; 2.^a será librado de las penas del Purgatorio (ya no hay necesidad de misas y funerales!...); 3.^a no morirá antes de cumplir los quince años; 4.^a será como si fuese mártir y hubiese derramado toda su sangre por la fé; y 5.^a que vendrá Jesús del cielo por el alma de sus parientes hasta la cuarta generacion!» (11).

Realmente, se necesita más que buche de avestruz para decir semejante cosa.

¿Quién es el feliz mortal á quien en esta época se le hacen tragar cosas tan estipendas? ¿Se cree acaso que estamos aun tan atrasados, ó que somos tan fanáticos y ciegos, que vayamos á creer en semejantes absurdos? ¿Se figuran por ventura los secuaces del papismo, de ese sistema de religion que degrada y envilece al hombre, que aquí se atan todavia los perros con longanizas? Pobre gente! Lo que hacen con eso es desprestigiar más esa religion y echar por el suelo lo que tratan de enaltecer, á fuerza de falsedades y monstruosas imposturas.

Pero, para probar la eficacia de la susodicha oracion, se dan las siguientes pruebas que, por su grosor y estupidez, hace mirar hasta con desprecio á la iglesia cuyo nombre se invoca.

Dice así:
«Un capitan español, viajando por tierra, cerca de Barcelona, vió una cabeza separada del cuerpo, que lo habló así: [qué barbaridad] «Ya que vais á Barcelona, enviadme, os ruego, un confesor, para que pueda confesarme, [qué estupidez!] pues hace tres días que he sido separada de mi cuerpo por unos ladrones y no puedo morir si antes no me confieso. Conducido el confesor por el ya citado capitan, la cabeza viviente se confesó y despues espiró; [brrrr!] encontrándosele encima del cuerpo de quien habia sido cortada, la presentó oracion, la que en aquella ocasion fué aprobada por varios tribunales de la Santa Inquisicion de la Reina de España.»

¿Habráse visto mayor audacia y mayor despaujo que éste?

Esto sólo sucede en la religion de Roma.

Pero, falta aún lo mas importante: Dicese en la oracion que cualquiera que la lleve encima, «no morirá ahogado, ni de mala muerte, ni de muerte repentina, será librado del contagio y de las pestes, del rayo, y no morirá sin confesion, será librado de sus enemigos y del poder de la justicia, y de todos los males y falsos testimonios; [aquí entra lo mejor] las mujeres que no puedan dar á luz, teniendo esta oracion, lo harán prontamente y sin peligro alguno.» [Adios parteras!]

Abrid la boca y admiraos: En las casas donde esté esta oracion, no habrá traiciones ni co-

sas malas, y cuarenta dias antes de morir, el que la tenga consigo, verá á la Beata Virgen María, como dijo San Gregorio Papa.

Hé ahí las cosas estupendas que se están haciendo tragar á los creyentes de boca abierta; hé ahí las barbaridades que en nombre de la iglesia romana se andan esparciendo.

Y despues, no quiere esa iglesia que se burlen de ella y se le ponga en la picota del ridiculo, y que día á día la abandonen los que buscan la verdad y la luz!

Los gobernadores de la Iglesia deben saber el tráfico inmoral que se hace, y deben tratar por el honor mismo de la causa de que no continúe.

Sabemos por personas fidedignas, que se hacen pagar por las tales oraciones 50 centésimos y hasta un peso, y hay familias en la campaña que están tratando de munirse de uno de esos pasaportes por cualquier precio.

Está en el interés mismo de la iglesia de Roma el desautorizar ese tráfico inmoral que viene á defraudarla en sus entradas, pues e que posee una de dichas oraciones no tiene necesidad de recurrir á ella para que le saque del Purgatorio, y no sólo él, sino tambien sus nietos, biznietos y tataranietos.

ARTICULO DE COLABORACION

ENGALANAMOS el presente número, con el artículo que á continuación insertamos, el cual nos ha sido remitido por el señor don Juan D. Revel, de la colonia Waldense.

El formato reducido de nuestro periódico, nos impide publicarlo con toda la extension con que nos fué remitido, por cuyo motivo, nos hemos permitido suprimir aquellos párrafos que á él se prestaban, sin que por eso quedara incompleto el sentido del artículo ó el pensamiento del autor.

Aquí, queremos aprovecharnos de esta ocasion para agradecer al señor Revel el curso de su pluma, en este y otros artículos que nos ha remitido y que obran en nuestro poder, y que los iremos publicandolos sucesiva-

mente, esperando que otros de nuestros amigos lo imiten.

DE LA DOCTRINA DE LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS Y DEL CULTO QUE A EL ES DEBIDO.

Creemos que el Verbo de Dios, eternamente engendrado del Padre, y por consiguiente de una misma sustancia con el Padre, es verdadero Dios, lo mismo que el Padre es verdadero Dios, y que ha venido al mundo por el Espíritu Santo y de la Santa Virgen, y por consiguiente, se ha hecho verdadero hombre de la sustancia de la madre. Por la voluntad del Padre y la operacion del Espíritu Santo, Dios el Hijo, ha tomado la naturaleza humana en union con él mismo y desde ese instante Dios y hombre, forman un sólo Cristo. La misma persona eterna, siempre Dios, ha llegado á ser hombre, hombre perfecto, el cual aunque Dios y hombre no forman más que una sola persona, Cristo.

La divinidad que mora en El, no por haberse hecho hombre, no por eso está oscurecida ó disminuida, ni está tampoco mezclada ni confundida con la naturaleza humana; ella permanece siempre perfecta.

La naturaleza humana en El, no se ha elevado mas alto en el sentido que ella haya alcanzado á ser divina.

Sin entrar en razonamientos más profundos, podemos decir que la naturaleza humana de Cristo no está deificada; ella no es el objeto de un culto, porque la más alta excelencia de la humana criatura, no es ni puede ser digna de sí misma, del culto que es debido á Dios sólo.

Así con Cristo, la naturaleza humana en El, queda sin cambio alguno, en cuanto á las cualidades esenciales que las constituyen tal y de la que participan todos los descendientes de Adán.

Cristo, como Dios, es infinito en cuanto á sus atributos divinos. Como hombre, es en su naturaleza humana perfecta criatura. Añadamos que por revestirse de la naturaleza humana, Cristo no la hizo capaz de recibir las cualidades que sólo á la divinidad pertenecen, y entonces vemos que es un error muy grave el afirmar que las facultades y cualidades humanas pueden extenderse al infinito. La na-

turalidad humana de Cristo, aunque reasumida en Dios, queda sujeta á la limitacion esencial de esa misma naturaleza.

Como ya hemos dicho, la naturaleza humana de nuestro Señor, es la misma de la de todos los hombres. Sólo que en El la hallamos adornada con todas las perfecciones y hermosura, manifestándose en el más alto grado de excelencia á que puede alcanzar una criatura humana.

Y ¿por qué no? ¿no es El, el Dios encarnado? Y sin embargo, aun con toda la gloria de su persona, su naturaleza humana está constituida como la nuestra, espíritu, alma y cuerpo. Cristo posee facultades y poderes espirituales, lo mismo que nosotros los poseemos, y aunque en El se hallen sin duda desarrolladas hasta el limite extremo que pueda alcanzar la criatura, sin embargo, esas facultades de espíritu y de entendimiento no son en su esencia diferentes de las nuestras.

Es imposible en nuestra condicion mortal, que podamos fijar ó imaginar tan siquiera, el grado que en Cristo el espíritu haya alcanzado y los poderes del entendimiento se hallan desarrollados, visto que ha sido glorificado á la derecha de Dios, recibiendo las primicias eternas y la plenitud del Espíritu Santo.

Su alma está sujeta á todas las afecciones humanas, á todos los sentimientos, á todos los deseos; con todas las aptitudes para la esperanza, la alegría, el dolor, la justa cólera y la confianza; en una palabra, sencillo en todas las emociones que el mismo Dios nos diera al crearnos.

En cuanto á la constitucion de su cuerpo, no se diferencia en modo alguno del nuestro.

Las diversas partes de la forma humana se encuentran constituidas en su cuerpo, lo mismo que en el nuestro; en El, como en nosotros, la misma maravillosa organizacion.

Cualquiera que sea el cambio que la resurreccion haya operado en su cuerpo, éste siempre está revestido de nuestra carne. Sus miembros se mueven por el mismo sistema nervioso y muscular con que se mueven los nuestros.

Cual haya sido el cambio operado en su cuerpo, cuando Nuestro Señor volvió á tomarlo de nuevo al salir del sepulcro para lle-

nar sus funciones en las condiciones de la nueva vida, dada por la resurrección, es lo que no nos es dable saber. Sin embargo, no existe duda alguna sobre el hecho de que todo su cuerpo permanecerá esencialmente el mismo. El es, y permanecerá siempre hombre, tal como nosotros lo somos.

«La verdadera fe es, que nosotros creamos y confesemos, que Nuestro Señor Jesu-Cristo es Dios y hombre, Dios perfecto y hombre perfecto, y aunque Dios y hombre, no son dos, más uno sólo—Cristo». No porque el Verbo se haya hecho hombre, ha cesado de ser Dios. Su divinidad no ha sido, por decirlo así, absorbida por su humanidad. Ni se hallan las dos naturalezas combinadas en una nueva; ellas permanecen perfectamente distintas en una sola persona—Cristo.

Creer que Cristo es otro que un verdadero Dios, con todos los atributos que son propios a la divinidad, sería negar que El es Dios. Creer que la naturaleza humana de Cristo, está constituida de una manera distinta a la de los demás hombres, sería negar que El es hombre.

Creer que El existe como hombre separadamente de su divinidad, sin tener en cuenta que El es Dios-Hombre, sería alejarse de la verdadera fe universal, que proclamó en alta voz la verdad fundamental que el Hijo de Dios, Nuestro Señor y Salvador, es Dios y Hombre. Es cierto que esta verdad pasa los límites de nuestra comprensión: no lo podemos explicar, pero sí podemos creerla. No es carne ni sangre que nos lo ha revelado, sino nuestro Padre que está en los cielos.

Pasemos ahora a algunas consideraciones sobre el culto que debemos dar a Nuestro Señor Jesu Cristo.

Los errores que prevalecen sobre esta importante cuestión, son varios y de diferentes especies.

Oímos decir algunas veces, que el culto debido a Nuestro Señor debe dirigirse sólo a su divinidad y que no debemos adorarlo como hombre.

Otras veces se afirma que no sólo debe adorarse a su divinidad, sino también a su humanidad. Esta última aserción, es algunas veces llevada hasta el límite extremo de tender a

establecer que la humanidad de Cristo ha sido deificada en su unión con la divinidad. Esta afirmación, así como también las anteriores, nos parecen que están en oposición a la verdadera fe. Esta cuestión como otras muchas, no se hubiesen levantado si se hubiese guardado la primitiva fe.

Examinemos. El objeto de nuestro culto ha de ser Cristo, y Cristo lo formó: la divinidad en unión con la humanidad. Cristo es, por consiguiente, como ya lo hemos dicho varias veces, Dios y hombre, y como lo honramos, entonces, dividido, adorándole sólo como Dios ó sólo como hombre? ¿Cómo nos atrevemos a ofrecer actos de culto a una sola de sus naturalezas, cuando en El moran las dos? ¿Cómo separarlas, cuando se hallan las dos juntas, tan unidas que sólo forman una persona?—el Cristo.

Trataremos de aclarar más este punto por el siguiente ejemplo: Supongamos que a un cristiano le apareciera el Señor subitamente, al prosternarse a sus pies, ¿cuáles serían las palabras que saldrían de sus labios en este caso? serían por ventura: «¡oh sagrado corazón! ¡oh sagrada cabeza coronada de espinas! ¡oh divino costado abierto por nosotros!» ó sería más bien: «¡delante de Ti, oh bienaventurado Maestro y Señor, nos prosternamos adorándote como nuestro Salvador y Dios, por quien y en quien adoramos al Padre y al Espíritu Santo, contigo, un sólo Dios bendito eternamente.»

El hacerlo de otro modo, sería una idolatría espiritual, que bien pronto degeneraría en idolatría material como desgraciadamente lo vemos en algunas iglesias. Siempre que se ha tomado por emblema de la divinidad un objeto material, muy pronto vemos por la historia de los pueblos, que se pierde el conocimiento de la divinidad, cayendo en la más abyecta idolatría.

El culto que el cristiano debe ofrecer a su Señor, es, pues, en su carácter de la segunda persona de la Trinidad; en quien ve en y quien están también las otras dos. La adoración de la divinidad en una sola persona, excluyendo las otras dos, sería la negación práctica de que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, forman un sólo Dios.

¿Cómo atrevernos entonces, en la adoración

de la divinidad, mediante la segunda persona, Cristo, establecer diferencia en la doble naturaleza que mora en El? Y sin embargo, esto es lo que están haciendo aquellos que, por ejemplo, se llaman «Los adoradores del sagrado corazón de Jesús». Esto no es más que pura idolatría. Adoremos al Hijo de Dios encarnado, Dios y hombre, pero un sólo Cristo. Emanuel, Dios con nosotros.

EL VIAJE RAPIDO

Muchos de nosotros viajamos rápidamente hacia la eternidad; a cada instante nos acercamos hacia una nueva etapa. Ahora bien, puesto que nos dirigimos juntos a la misma región, la región del infinito, detengámonos un poco, como viajeros llegados a una etapa, y dejadme hablaros familiarmente de nuestro viaje, de nuestras esperanzas, de nuestros temores, y sobre todo de la Grande Estación a donde bien pronto llegaremos.

Hace algún tiempo, un amigo y yo, nos habíamos dirigido a una estación del ferro-carril para ir a Manchester. El tren aún no había llegado, pero no tardaría mucho en hacerlo. En medio del tropel de viajeros, se hallaban allí algunos jóvenes, que habían venido como curiosos. Eran parientes cercanos de mi amigo, que desahaban ardientemente su bien espiritual. Nos vino el pensamiento de utilizar el tiempo de espera, hablándoles de sus intereses eternos. Entablé, pues, conversación con ellos, en tanto que mi amigo, un poco retirado pedía a Dios bendijese este pasatiempo.

El tiempo de que podíamos disponer, para producir una buena impresión era corto, algunos instantes solamente, y cuántos inmensos intereses iban a agregar a esos momentos para una alma inmortal!

Los jóvenes parecían tomar placer en la conversación y cuando, haciendo alusión al ferro-carril, les dije: «Con qué rapidez viajamos hacia la eternidad!» exclamaron todos: «Ah! es bien cierto». Les puse entonces delante esta cuestión: «¿Sabéis dónde vais vosotros? ¿al cielo ó al infierno?» Uno de ellos me respondió en seguida: «Lo ignoro». ¿Cómo! Lo

ignorais? Ved con qué rapidez viajamos sobre este buen ferro-carril. Debeis convenir, sin embargo, que caminamos mas rápidamente hacia la eternidad! Y mientras tanto, agrogue, fijándome particularmente en el joven que me había contestado tan candidamente, suponed que cuando llegue el tren que aguardo, veis en uno de sus coches un amigo, que os dice que ha viajado toda la jornada y que a la pregunta: «¿Dónde vais?» os contestase «Lo ignoro». No estaríais dispuesto a dudar de su buen sentido?

«Ciertamente»; me contestó en voz baja. Y ciertamente, también, le dije, vuestro caso es aun mas grave. Reconoceis que viajais durante toda vuestra vida hacia la eternidad, mucho más rápidamente de lo que se hace sobre un ferro-carril, y sin embargo, decís que ignorais a donde vais. Mi querido joven amigo, pensad, ¡oh! pensad en vuestra locura, antes que sea muy tarde, pues cuando una vez....

No pude concluir la frase. La locomotora hizo oír su silbato. El tren llegaba con toda velocidad y bien pronto estuvo en nuestra presencia. Subí y partí. Mas el espíritu de Dios había permitido que mis palabras penetrasen como una flecha en el corazón del joven.

El entra en su casa, pensativo, con lentos pasos y diciéndose: ¡Qué insensato soy! «Cada día me acerco hacia la eternidad, sin saber a dónde voy!» No pudo dormir esa noche. Al día siguiente, lleno de angustia, fué a casa del amigo que me había acompañado, para hacerle la siguiente pregunta: ¿Qué es necesario que haga para ser salvo. —Lleno de gozo, mi amigo le dijo: «Buscad la salud de Jesucristo, el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.» Siguió este consejo. Bien pronto se convenció del amor infinito de Dios por el mundo y de ese ardiente deseo de perdonar por la sangre de Jesús a todo pecador por culpable que haya sido, desde el momento que decide abandonar la vía del pecado para entregarse a Dios, diciendo en su corazón, como el hijo pródigo: «Me levantaré ó iré a mi padre.» La fe en Jesu Cristo le trae la paz y la seguridad de la vida eterna.

Y ahora mi querido lector y compañero de viaje a la eternidad, permitidme que os pregunte a vos también:

¿A dónde vais? ¿al cielo ó al infierno? Ja.

mas habeis reflexionado seriamente, por vues-
tra propia cuenta en esta solemne cuestion?
Oh! que nadie busque eludirse, porque no hay
otro punto de llegada que el cielo o el infer-
no. Toda criatura humana llegará bien pron-
to a las puertas de una u otra de esas man-
siones eternas. Evitando pensar en ella, no
alejareis por eso de vosotros el peligro, como
el condenado a muerte no aleja la ejecucion
de la sentencia esforzándose en olvidar si es
posible, su terrible situacion. Pero el mundo,
como un rápido relámpago que nadie detiene

un sólo instante, nos lleva de buen ó de mal
grado delante el tribunal de Dios, y allá, se-
gún lo que hallamos sido, será estatuido so-
bre nuestra suerte por la eternidad entera.

Que velemos ó que durmamos; que mire-
mos delante de nosotros con el deseo sincero
de ganar la eternidad venturosa; ó que con un
ligamiento creyente, miremos á las cosas
que están detrás de nosotros, avanzamos siem-
pre! Aún un poco de tiempo, y cada uno de
nosotros comparecerá en la presencia del Dios
que nos ha creado, y oirá pronunciar la irrel-
vocable sentencia.

Ah! mientras es tiempo, démonos á Dios! á
ese Dios que ha amado de tal manera al mun-
do que ha dado á su Hijo Unigenito á fin de
que todo aquel que cree en El no se pierda,
mas tenga vida eterna. [Juan III, 16].

VARIEDADES

EL AMOR DE CRISTO

Nuestro corazón aspira al amor. Cualquiera
que se conoce á sí mismo, sabe que es estar
muerto en vida que vivir sin ser amado, y so-
bre todo que vivir sin amar.

Pues bien, Jesu-Cristo se presenta á nos-
otros, como el Dios amor, ofreciéndonos todo
su amor y exigiéndonos en cambio todo el
nuestro. Parece que nuestro corazón debiera
desplegar sus alas para volar al encuentro de
un ser perfectamente amante y amable; en
quien la doble necesidad de amar y ser amado
ya á hallar al fin el complemento que en cria-
tura alguna ha podido hasta entonces encon-
trar. Si así obrará efectivamente un corazón

que comprenda en verdad lo que es amar,
pero lo mismo que sirve para atraer ese gran
corazón servirá quizá para escandalizar y ro-
chazar otro corazón pequeño y mezquino, que
sólo busca la satisfaccion efímera de necesi-
dades que suponen menos amor que sensibi-
lidad, por no decir menos sensibilidad que sen-
sibilidad.

EL OJO DE DIOS

Cuéntase que Caton se disponia á ir al tea-
tro, donde sus conciudadanos se hubieran ex-
trañado de verle, cuando le advirtieron que su
conocida austeridad turbaria á los actores, ad-
vertencia que le hizo desistir de su propósito
por consideracion á las personas que se la
hicieron. ¿Y nosotros? No tenemos á nuestro
lado, estemos ya en medio de la muchedumbre
ó en el mas secreto retiro, un testigo mucho
más santo que Caton y que no se alejaria tan
placidamente como él para ceder su sitio al
mal?

Seguramente, el ojo penetrante de Dios, es-
ta viendo todos nuestros movimientos y todas
nuestras acciones, por más insignificantes que
ellas nos parezcan, para luego pedirnos estre-
cha cuenta de ellas.

EL FUNDAMENTO DE LA IGLESIA

Los papistas ponen por fundacion de la
iglesia, al papa; pero la Biblia nos enseña que
Cristo es la única fundacion de la iglesia. Di-
cen tambien, que las Escrituras no son sufi-
ciente para enseñarnos el camino de la sal-
vacion; pero esto es muy contrario á lo que

dice el apóstol; pues nos asegura que son muy
suficientes. La gran doctrina fundamental de
la justificacion por la Fe sola, se desprecia por
los méritos humanos del papismo. La suficien-
cia del sacrificio de Cristo se desprecia por el
sacrificio de la misa. La doctrina de la expia-
cion del pecado por la sangre de Cristo, se
desprecia por el dogma papal del Purgatorio.
La mediacion del Salvador se nulifica orando
á los santos, á los ángeles y á la Virgen
Maria.

Al comparar las doctrinas del papismo con
las de las Sagradas Escrituras, bien se puede
ver que los dogmas papistas están opuestos
unos con otros, es decir, los de la Biblia con-
tra los papistas. Ninguno puede llegar á ser
papista hasta que desprecie la Biblia, y crea la

palabra de los hombres mejor que la de Dios.

¿Puede acaso decirse que la iglesia romana
es la iglesia verdadera? y que sus miembros son
cristianos? Debe llamarse la iglesia del Papa,
ó la sinagoga de Satan, pero no debe llamarse
la iglesia verdadera de Cristo.

UNA RESPUESTA IMPORTANTE

«Señor, exclamó David, quién habitará en tu
tabernáculo? ó quién descansará en tu santo
monte?»

«El que camina en la inocencia, respondió el
Señor, y hace obras de justicia. El que habla
verdad en su corazón, el que no hizo engaño
con su lengua, ni hizo mal á su prójimo, ni
consintió que se infamase á sus prójimos. El
que en sus ojos miró al malvado como una
nada; mas honra á los que temen al Señor; ó
que jura á su pueblo y no lo engaña, el que
no dió á usura su dinero; ni recibió dádiva so-
bre el inocente; el que hace estas cosas, ja-
más será conmovido.»

«VOSOTROS SOIS LA LUZ DEL MUNDO»

Quien profirió estas honrosas palabras, fué
el Sol de la Justicia, el Hijo de Dios. Cono-
ciendo perfectamente, ya como hombre, ya co-
mo Dios, las densísimas tinieblas en que se ha-
llaba envuelto el mundo, y la gran necesidad
de disiparlas por el perenne rayar de la luz
divina, recuerda Nuestro Señor á sus discipu-
los que ellos eran esa luz. Este recuerdo, sin
embargo, no fué aislado, sino seguido de una
recomendacion, ó antes bien de un mandamien-
to, agregando:

«No puede esconderse una ciudad que está
situada en un monte, ni los que encienden una
luz la meten debajo de un almud, mas pónenla
en el candelero, á fin de que dé luz á todos
los que están en casa» (Mat. v, 14, 15.) Así
alumbre vuestra luz delante de los hombres:
que ellos vean vuestras buenas obras, y glori-
fiquen á vuestro Padre, que está en los cielos»
(Mat. v. 16.)

EL ÚNICO FUNDAMENTO

Todo hombre necesita un fundamento sobre
el que pueda permanecer, cuando aparezca de-
lanto del Dios santo. Lo que yo he hecho no
es suficiente; porque en mis mejores tiempos

y en mis mejores caminos, siempre he estado
bajo la dependencia de la ley, y si mis mas
puros motivos fueren analizados estrictamente,
se verian que eran pecaminosos. Yo no puedo
por lo tanto permanecer en mis pasos pasados
ni presentes, ni puedo tener esperanza para lo
futuro; y si miro alrededor veo á los otros
hombres como yo soy; ellos son pecadores
como yo, de los cuales, yo soy únicamente el
primero. Y mi padre y todos sus padres fue-
ron como yo soy. Desde los dias de Eden, no
hay más que pecado: nuestro primer padre ca-
yó y desde entonces eu vez de servir de fundam-
mento á otros, necesita uno para sí mismo.
Como la paloma de Noé, no podéis hallar ni
una rama, ni un cantito, ni un tomillo donde
apoyar vuestro pié; pues todo es un vasto océa-
no, hasta que volvais al arca.

NOTICIAS

Visita á la campaña—Tenemos enten-
dido que nuestro director Rev. Sr. Wood,
hará una visita á varios departamentos de
campaña antes de partir para Europa.

Creemos poder dar en nuestro próximo nú-
mero, algunos detalles sobre ese viaje.

Cuestion religiosa—En Minas Geraes,
[Brasil] se agita la cuestion religiosa de un
modo sorprendente. Segun vemos en un colega
evangélico, se ha trabado una discusion entre
dos campeones del papismo, y otro cristiano.
Este último está anonudando á aquéllos, con
la Biblia únicamente.

Rev. C. H. Spurgeon—Está causando
la admiracion de sus oyentes este renombrado
predicador evangélico. Últimamente ha ocu-
pado la atencion de un auditorio numerosísimo
desarrollando el siguiente tema:

«El nombre con que se apellida, será: Admi-
rable»—(Isaias ix, 6).

Notable artículo—Llamamos la atencion
de nuestros favorecedores, sobre el segundo
artículo que publicamos en este número. Los
puntos de doctrina que abarca, son importan-
tísimos, y demuestran claramente que su au-
tor, posee vastos conocimientos, al mismo
tiempo que un espíritu verdaderamente cris-
tiano.

Bienvenida—Tenemos el gusto de salu-
dar al señor Tallon, predicador licenciado de la
iglesia evangélica argentina, que en ausen-

cia del Rev. Sr. Wood, dirigirá los servicios evangélicos en esta ciudad.

Ilusiones desvanecidas—Grande ha de haber sido el desencanto de los católicos en lo que se refiere á fray Marcolino Benavente, que ha ocupado por varios días la atención del público montevideano. El castillo de naipes que se había levantado; ha venido al suelo al primer soplo de una imparcial y concienzuda crítica, hecha por uno de los más competentes en materia literaria y á quien no se le puede tachar de hostilidad á la causa católica.

De un remitido del doctor Granada, publicado en *El Siglo*, tomamos los siguientes acápites, que demuestran que ha habido exageración en la fama con que venia precedido fray Marcolino.

“.....Pero volvemos á preguntar; ¿es el P. Benavente un orador esclarecido, que con los encantos de la elocuencia cautiva el ánimo de sus oyentes? Nada, menos que eso: no es siquiera un orador á derechas.....

“.....Pero decir como lo hace el P. Benavente, *puédamos por podamos, créamos por creamos, ayi por alli, sena por cena, absurdo por absurdo, éxito por éxito* y otros tantos vocablos feamente viciados por el mismo estilo; eso no tiene disculpa de ningún género, eso no puede tolerarse en un orador de habla española; eso revela un descuido imperdonable no ya en un orador sagrado nada menos que de la blasonada orden de Santo Domingo, pero hasta en una persona medianamente educada, descuido que inhabilitaría á un amanuense para salir mientras no lo corriese de raíz, de la modesta clase de meritorio. Y tanto menos disculpable es en el P. Benavente, ese constante estropear de la lengua nativa.....

“.....Sólo nos hemos propuesto sustentar contra la opinion generalizada, que el P. Benavente no es tan orador como se pregona, ni mucho menos y que son muchos los vicios que tiene, que corregir con detenido y constante estudio para merecer ese nombre ante el tribunal de la crítica imparcial, desapasionada y legítima.

Con otra como esta, ni para taco de fusil.

el ob obatus.....

ESTUDIOS BÍBLICOS

NÚMERO 44

Tema general—La niñez de Jesús.

Lección—Lucas ii, 40—52.

1.º *Al templo*:—Ver. 40—42; Deut. xvi, 16.

2.º *En el templo*:—Ver. 43—50; Salmos lxxxiv, 10.

3.º *Del templo*:—Ver. 51, 52; Efesios vi, 1.

Texto áureo:—Y Jesús crecía en sabiduría, y en estatura, y en fervor acerca de Dios, y de los hombres.

Lucas ii, 52.

LECTURAS DIARIAS

Lunes—Lucas ii, 40—52.

Martes—Génesis xxii, 1—18.

Miércoles—Génesis xxxvii, 13—36.

Jués—Exodo, ii, 1—10.

Viernes—1 Samuel iii, 1—21.

Sábado—2 Reyes xxii, 1—13.

Domingo—Mateo xviii, 1—14.

El Evangelista

Periódico semanal, fundado el 1.º de Setiembre de 1877

ADMINISTRACION

Montevideo—Florida 238

SALE LOS SÁBADOS

Se reparte á domicilio en Montevideo y se remite por correo á otras partes.

PRECIOS DE SUSCRICION

Por año, en la República Oriental \$ 3.00

» semestre » » 1.80

» trimestre » » 1.00

» mes » » 0.50

Por año, en la Rep. Argentina m/6. 100

» semestre » » 60

» trimestre » » 33

» mes » » 17

Pagaderos siempre adelantados.